

Director Propietario
ALFREDO MELOSSI
Redactor
AUGUSTO G. THOMSON
Dibujante en Jefe
SANTIAGO PULGAR

INSTANTÁNEAS DE

LUZ Y SOMBRA

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES

Por un año..... \$ 5.00
Por un semestre. 2.50
Número suelto.... 0.10
Id. atrasado 0.20

SEMANARIO ARTÍSTICO, LITERARIO, FESTIVO Y DE ACTUALIDADES
ES PROPIEDAD

Año II

Santiago, 17 de Marzo de 1901

Núm. 52

LOS 21

ESTUDIOS SOBRE ARTISTAS, POR AUGUSTO G. THOMSON

I

VIRGINIO ARIAS

Ese hombre, bajo, moreno, muy á la llana, es indudablemente la personalidad artística más espec- table que nos representa ante el mundo intelectual.

Al admirar el *Descendimiento* con aquella magnífica carne de mármol, aquella esplendidez en actitud y en líneas, que representa pagamente á la divina Magdalena, no os figureis un artista nervioso, enfer- mizo; es una idea aquella de que el genio vaya siempre unido al neurosismo; por el contrario, Arias es el tipo de la inteligencia perfectamente equilibrada, perfectamente tranquila: se observa con admira- ción á aquel hombrecito modesto que viste como todo el mundo y que no luce melena, y los modernis- tas, los decadentes, hasta sufren una desilusión, no pueden imaginarse que dentro esta rapada cabeza de perfecto burgués, haya surgido, tentadora y genial, la idea perfecta de aquel grupo escultórico en que se une la más elevada religiosidad cristiana al paganismo más refinado y voluptuoso, la concepción de esa maravillosa Magdalena, soberbia en su desnudez, cuerpo blanco y quebrantado que cuenta en cada uno de sus suaves contornos, de sus mórbidas redondeces, la historia de la pecadora, sus caídas y su regene- ración, sus sensualidades cortesanas y su arrepentimiento de iluminada, un viejo pasado borrascoso y una futura aureola de santidad; ¡todo! ¡todo es confesado en ese mármol, elocuente de sinceridad y de pasión!

Sin embargo, mirad con atención los ojos del artista, bien al fondo de la pupila: es allí donde, perenne, arde la llama del genio y de la fé, miradle en lo profundo de la vista y sorprendereis al crea- dor apasionado de inspiración y de entusiasmo: desaparece toda entera la bonhomía burguesa de la figura, iluminada por aquella fulguración extraña, el resplandor de la llama que arde en el corazón de Arias, á cuyo calor se derrite el hielo de los mármoles y palpitan de vida las frías aristas. El alma excelsa del escultor se escapa por esas pupilas quemantes, delatorias de lo que oculta aquel exterior repo- sado y apacible.

Arias, á más de un inspirado creador, es un gran maestro de la forma, de la corrección armónica y perfecta, un ejecutante admirable que posee cualidades sobresalientes en Europa misma: sobrada prueba las recompensas y los laureles que ha conquistado en las distintas exposiciones de París.

A más del *Descendimiento*, nuestro museo se enorgullece con otra obra del estatuario chileno, ese *Dafnis y Cloe*, grupo gracioso de belleza y sencillez, inspirado en el más puro arte greco. En general los desnudos que surgen de ese cincel incansable, son de exquisita irreprochabilidad; ved, si nó su *Hoja de laurel*, femenino ideal que es la soñada recompensa del más exigente artista, la simbólica hoja de laurel que premiará sus desvelos y sus martirios.

Yo he postergado de cualidad secundaria su mérito para el retrato, como si nó hubiesen, entre los que ha hecho, algunos que bastarían para justificar su fama; es el obligado escultor de las mujeres, y las damas de nuestra mejor sociedad cuentan con orgullo el haber servido de modelo á Virginio Arias para uno de esos bustos, admirables en parecido y carácter.

Yo recuerdo también los bustos del historiador Barros Arana, del general Canto, de don Luis Dávila, de Enrique Nercaseaux y Morán, que ejecutara el maestro; algunos de ellos, tal el de Barros Arana ó el del general Canto, encierran, no solo el parecido, sino el espíritu de cada modelo: el talento paciente y laborioso del uno, la superioridad y la pensadora reflexión del otro.

Con el pintor Manuel Thomson, he visitado al artista en su taller; éramos solos los tres en aquella pequeña sala, luminosa y alegre, donde sorprendimos el busto del malogrado pintor venezolano Miche- lena, su antiguo camarada de triunfos y de reveses, allá en los tiempos en que nuestro ilustre compa- triota residía en el viejo mundo: Arias nos mostró un excelente retrato suyo hecho por aquel buen amigo, y nos habló con tristeza de su talento, un talento agostado en flor por la perversa muerte.

Franco y sencillo, el huésped trataba á toda costa de hacernos ameno el rato, sin figurarse la abs-

tracción admirativa en que yo estaba sumido. De aquella corta visita conservaré siempre, como un valioso recuerdo, como un estímulo en mi vida literaria, el retrato suyo que me obsequió, y la atenta dedicatoria con que lo enriqueciera.

Y, al marcharnos, sacudido mi brazo por el vigoroso apretón de manos con que nos despedía el artista, mirando su figura enérgicamente destacada en la penumbra del atardecer, ante el brillo de sus ojos, yo pensé que, para gloria de la patria, aún podemos esperar mucho de aquel hombre joven y fuerte en la plena madurez de su talento y su virilidad.

AUGUSTO G. THOMSON

11 de marzo de 1901.

